

MAQUILA



A mi madre, que me inculcó el amor por la lectura,
y se fue, sin poder decirle adiós,
a ese cielo azul de nubes limpias y pájaros,
donde habitan los sueños y los personajes de los libros.

“Cuando tengas dinero regálame un anillo,
cuando no tengas nada dame una esquina de tu boca,
cuando no sepas qué hacer vente conmigo
– pero luego no digas que no sabes lo que haces.

Haces haces de leña en las mañanas
y se te vuelven flores en los brazos.”

A.G.

“Jamás pensamos en el invierno, pero
el invierno llega, aunque no quieras.”

R.J.

ESCRIBIR COMO EL DOMADOR DE VIENTOS CON SU LAZO DE PALABRAS

Escribo para poder respirar. Como si las palabras fueran el oxígeno con el que seguir respirando, con el que seguir viviendo, con el que seguir afanando. Para aliviar la asfixia de las bocanadas de pájaro.

Escribo para que el alma de las palabras, hecha de aliento, de vaho, acabe con los silencios. Los silencios de mordaza. Los potros salvajes maniatados en la madrugada.

Escribo por los mudos. Por todos aquellos hombres y mujeres que se quedaron mudos cuando les arrancaron de cuajo la voz y las palabras. Cuando les extirparon las lenguas y las gargantas. Sin voz, sin oxígeno, sin aliento, sin palabras. Solo cristales rotos que se atragantan.

Escribo para no morir de hambre. Como si cada palabra fuera un mendrugo de pan con el que alimentarse. Corteza de sílabas, migas de vocales. Para las bocas hambrientas que, con la mano levantada, suplican y lloran a las madres. A las madres que convierten en pan el aire.

Escribo por los que no saben escribir. Por los que no saben leer. Porque las letras corren y se escapan de las cuartillas como las hormigas negras de los desiertos de arena y papel. No saben escribir, no saben leer, pero me dictan lo que nunca fue escrito. Lo que no está escrito. Con miedo. Por ellos escribo también, por los que tienen miedo. Por los que viven muertos de miedo. Les rajaron el cuerpo, les sacaron la sangre y les metieron dentro el miedo. No los mataron. No dejaron que murieran. Los quisieron vivos, con el miedo en el cuerpo. Con el miedo dentro. Y la ignorancia, los prejuicios, los engaños y las promesas de humo y cartón. Siempre asustados, cabizbajos, mirando para detrás; siempre exigiendo a los suyos silencio. Desheredados, desposeídos, sin una oportunidad, sin un privilegio. Puñados de barro moldeados por un alfarero ciego.

Escribo en el nombre de los que abren las estaciones de metro con la noche auestas, con la noche aún estrellada. Los que cogen el último bus en las calles oscuras y solitarias. Los que levantan el arado, la hoz, el hacha, antes de que el sol salga. Los que mastican el polvo, los que mastican la rabia. Para clausurar el día, para inaugurar la alborada.

Escribo por los que tienen las manos limpias, ásperas y desolladas de tanto arañar la tierra. De tanto rascar hasta dejarse las uñas clavadas. Los alzados del suelo, los sepultados en vida. Los que creen merecer su sufrimiento, su culpa, su pena negra. Los hermanados al dolor porque la dicha no les pertenece. Es ajena, siempre pasa de largo, sin detenerse. Porque anularon la parada en su línea 7, aunque les dijeran que era el número de la suerte. Estación del Olvido, parada del Abandono, empalme con Desolación. Muertos vivientes. ¡Maldita sea!

Escribo por los que no tienen un mañana. Ni un año, ni un mes, ni una semana. Solo el levantarte cada día, uno y otro y otro más, a buscarse la vida. A llenar la saca, que cuelga de su espalda desnuda, de chatarra. Los chatarreros del orbe. Los quincalleros celestes. Los desguazadores de todas las miserias estelares.

Y escribiría en nombre de Dios, si Dios existiera. Pero Dios no existe para estos hombres, para estas mujeres. Se lo robaron. Se lo apropiaron también. Se quedaron huérfanos. Sin Dios y sin voz. Los sueños rotos, los deseos amputados. Rotos como esos cristales, amputados con los muñones al aire. Derramados por los albañales.

Por todos ellos escribo. Afilando las palabras igual que se afilan las navajas. El afilador nómada que toca su caramillo antes de que la noche caiga.

Los sonidos de mi infancia son el de la música fascinante de ese afilador – ulular colorido de viento –, el de un lañador llamado el Siro que vocea por las calles mientras golpea una palangana devencijada: *“Se arreglan pucheros, cacerolas, poooooteenesss...”*, y el *tan, tan, tin, tin, tan, tan, tin, tin*, de las campanas de la colegiata. Cierro los ojos y los oigo. A la perfección. Mejor incluso que entonces, pues en el deseo de recuperación acústica se esconde un oculto rescate de mi niñez. La edad de la inocencia, de la blanca candidez, a la que todos deseábamos volver. La música de ese caramillo me tenía hechizado, hipnotizado. Pues ejercía sobre mí un embrujo emparentado con lo inaudito y lo mágico. Ese viejo afilador, montado en una bicicleta a la que había acoplado la piedra esmeril que suelta chispas de oro, más pobre que una rata. Oro inaprensible, lluvia de oro que se escapa por el aire. Que vuela hacia el cielo. A su lado, el niño que no entiende el mundo, mirando absorto, cuestionándose las primeras sinrazones de la vida: ¿Fabrica oro con sus manos y es un pordiosero miserable?

En este libro, además de traer el recuerdo de ese hombre sin nombre, afilador de cuchillos, quería bajar de la sierra al llano. Tirarme al "*anchurón cósmico*", el barbecho de tierra roja, las rastrojeras amarillas, las cebadas de primavera, las perdices, las avutardas, las palomas zuritas y las torreras. Mi infancia. Las cebadas de la primavera de mi infancia. Describir esos chozos del llano. Esa estepa donde el polvo del viento solano, unido al calor tórrido y a la calima, vuelven loco a cualquier ser humano. Incluyendo a Don Quijote.

Y finalmente quería hablar de mi madre. De los últimos años con esta mujer que tanto daño me produjeron. Escribir, ahora, para restañar la herida. Lañas y estaño del Siro para coser el boquete abierto en mi corazón. Ajustar las cuentas con la muerte. Esa maldita canalla. Esa alimaña. Por lo que le hizo a mi madre tan injustamente, tan miserablemente. Una locura, un atrevimiento insensato y una batalla perdida de antemano. Porque a la muerte no se le puede exigir. Es mala y vengativa. Se alimenta del dolor ajeno. Del sufrimiento. Pero ¿para qué está la literatura? Para transformar la realidad. La metamorfosis de la lacerante realidad.

Por eso he escrito este libro también. Por cambiar la muerte que mi madre no se merecía, por otra diferente. La de un dulce tránsito, convirtiéndome en escolta y guardián de su viaje, en remero de la barca que cruza el Estigia al atardecer. Para dulcificar. Para humanizar su dolor y su muerte: una mano que aprieta la suya espantando la soledad y el miedo, una caricia, el amor de un niño concentrado en unos segundos, la tibieza que se va y se convierte en escarcha, cuatro palabras jamás pronunciadas, dignidad, ternura, acompañamiento, despedida.

Para eso he escrito este libro.

El sol y la sierra

El sol se ha echado a lomos de la sierra, cabalgándola durante unos segundos, y se ha puesto la tarde por montera. La tarde, el cielo, las nubes. Recortando sus siluetas, sol y sierra, entrelazadas ahora, y pintando el horizonte de sangre y fuego: primero rojo, luego granate y, cuando ya cae del otro lado, morado y violeta.

Un incendio de luz y color – la atmósfera que arde, que abrasa, que quema –, para apagarse mansamente. Al amor del giro sideral de las agujas del planeta. El amor, fugaz, tendidos uno sobre otro, del astro y la montaña. Efímero porque lo verdaderamente extraordinario de esta vida siempre es efímero, nunca duradero. Porque no puede serlo. Abrazados hasta que la noche, que es negra y es la muerte, os separe. Hasta que la muerte os separe.

Instantes antes, en el transcurso de tiempo que el sol ha tardado en retirarse, desde que ha comenzado a rozar, a acariciar la cresta de la sierra, ha lanzado haces de luz sobre el valle, convirtiendo el verde de las jaras, de las encinas, de los robles melojos y del espino albar, en oro. Un bosque radiante en cuyo aire flotan partículas de polvo, granos de polen, pequeños insectos, diminutas semillas. Volando en cada haz de luz. Haces de luz. De oro. Virutas de oro nadando en el aire. Invisibles hasta ese preciso

momento y que se van diluyendo despacio, muy lentamente, para desaparecer cuando el sol apaga sus rayos, clausurando el día, y deja de iluminar este lado de la Tierra.

Un espectáculo extraordinario. Un milagro que solo han visto algunos hombres y mujeres. Los que disponen de tiempo. El resto están muy ocupados y no pueden detenerse con estas simplezas. Y llevan razón: es lo más simple de la naturaleza. Sol naciente, sol poniente. Cuando la vida ya se te escape de las manos, igual que se escapa el agua entre los dedos, lamentarás no haberlo visto; pero ya será demasiado tarde. ¡*Tempus fugit!*

Sin embargo, mañana habrá un nuevo pase para el espectáculo. Con entrada libre, gratuita, hasta completar el aforo. El aforo de medio planeta. Luz o penumbra. ¿Te apuntas? Un nuevo pase si las nubes te dejan. Si el cielo no se achubasca y echa el telón de cierre y te quedas sin tarde de fuego, sin haces de oro, sin sol recortado por los picachos de la sierra.

Al poco ya está ahí Venus. Como un farito en el mar oscuro del firmamento. El lucero del alba y el lucero del ocaso. Tú eliges: aurora o crepúsculo. Igual que esa luciérnaga del zarzal que se enciende a mi paso. La luciérnaga del zarzal en el espesinar de la noche. De mi noche. Barcazas del universo apagado, guiadas por el faro del lucero de todos nuestros ocasos.

Después sale Júpiter, la estrella Polar que imanta la brújula de los corazones y la Osa Mayor, con su carro de largo varal cargado de estrellas, pero sin bueyes. Andrómeda, Casiopea, Orión... Y, a poco que te descuides, estarás debajo de la Vía Láctea – río de luminosa leche que amamanta y da vida a la galaxia –, para sentirte más pequeño e insignificante que una hormiga. Un ser ridículo para ser tan engreído. Un puñadito de moléculas. De moléculas inconsistentes.

Si, por un azar, cruzara ante tus ojos en ese preciso momento una estrella fugaz caída de la lluvia de Perseidas, no me preguntes por qué mis ojos son también un mar. Un océano de lágrimas inundado de belleza.

El tío Justo

Al amanecer del día siguiente, camino varios kilómetros por ese valle encantado. Me gusta andar. Mucho. Lo que más. El nombre del valle es muy gráfico: Navatrasierra. Desde lo más alto, trochando por la vereda de la cuerda, caminas por encima de las nubes. Volar entre nubes, el sueño de todo Ícaro. Nubes de humo, nubes de espuma, que se van deshaciendo a tus pies, huyendo del hondo, de la rehoya húmeda de la espesura, según remontan la sierra. Es la bruma que se forma en el bajo, del relente de la noche, del rocío de las plantas y del vapor que, como una exhalación, suelta el río.

Ese río es un animal, una culebra gigante, una sierpe que nunca duerme; pero que, a la noche, desprende un vaho con el que se fabrican los hechizos y los sueños. Pura droga, puro veneno. Por eso no duerme, para que tú sueñes. Da gracias a ese río serpiente por poder viajar cada noche a los mundos oníricos. ¡Bendito seas, Guadamajud, río de los sueños!

De la lejanía llega un eco de horizonte de la berrea. Berridos de lumbre de caracola, como si fuera la sirena ronca, la bocina de un barco perdido en otra niebla. Lejana. Espesa. Pues aquí el único mar es el de jaras. Verde. Verde mar con olas de flores blancas.

En el esquinazo de una cerca de piedra, comida de alambre de espino y de zarzas, me topo con el viejo membrillero. Su carga de membrillos no se corresponde con su edad ni con sus fuerzas. No, no. Es un imposible para la física. Un trampantojo pintado en el aire de la mañana. Un lienzo de mentira para tu mirada.

Es un membrillero agónico y desahuciado que parece morir cada invierno – que se resiste a morir, porque la muerte, por desconocida e irreversible, le causa miedo – y que resucita cada primavera milagrosamente. Nadie sabe cómo, por sus ramas artríticas y leñosas, puede correr la savia de la vida. Para llevarla hasta sus hojas de palidez verdosa y hasta esa docena de hermosos membrillos aterciopelados que insultan las leyes de la gravedad y del espacio. Piel de terciopelo, como esa espalda de lira que acariciaste un día.

¡Desirée! Piel de deseo, piel de gozo, delicada piel de membrillo amarilla. ¿Dónde estás, Desirée, amor mío? ¿Dónde te has escondido?

Me subo a las piedras y acerco mi nariz para sentir el aroma de membrillo que me trae el recuerdo infantil de sábanas y armarios de alcoba, de cajas de latón y, en sus reflejos de limón y magnolia, se produce el milagro de esa otra luz que vengo buscando. El sol del membrillo. Un instante de luz por meses de busca y espera. Tan efímera de nuevo, tan bella. Otro milagro en la luz enredada en la copa de este membrillo, entretejida a sus ramas de sarmiento seco; un soplo, un hálito de tiempo por el que se vende el alma al diablo. Como la vendió Fausto a Mefistófeles: *“Si un día le digo al fugaz momento: ¡Detente, eres tan bello!, puedes entonces cargarme de cadenas; entonces consentiré gustoso en morir...”*

Cazador de ciervos, cazador de mariposas azules y libélulas de alas transparentes, de sangrantes pétalos de amapola y de luces fugaces que duran un suspiro.

Domador de vientos alisios y de aleteos electrizantes de colibrí. Lágrimas por ese escarabajo con cuernos que huyó al exilio.

Efímera luz de otoño, antesala de muerte de la oscuridad invernal. La vida cogida con hilvanes, respunte a respunte, de todos esos instantes.

No esperes más. ¿Acaso te parece poco? No te equivoques, amigo, amiga. No malgastes ni un minuto de lo que te resta. Si la felicidad existe, debe de ser la suma de estos instantes de belleza efímera.

Ni te atormentes queriendo comprender el mundo. Jamás llegarás a entenderlo. Es tan complicado. Y el ser humano un animal tan difícil y extraño. Déjalo estar. Déjalo pasar. Si te distraes, será justamente ese instante el que te pierdas. No te atormentes pretendiendo comprender la vida. Nunca llegarás a entenderla. Insisto. Déjala estar. Déjala pasar. Respira. Cierra los ojos y respira. En el silencio, quizás oigas su aleteo de mariposa.

Después echo la vista al sopié y me tiro al monte por otra vereda, enfilando el eco de llamada, el eco imantado, de esa berrea. Bramidos roncós y desesperados del amor de la sierra. La sierra ardiendo de amor. Crepitando. Retumbando de pasión. Locura de berridos con los que los ciervos también venden y entregan su alma hasta colmar sus deseos. Sus ansias de amor.

Al llegar a la raña, me topo con el guarda. Ya no son los guardas de antaño, que se mostraban más feroces que sus jefes y propietarios, los señoritos. Defendiendo sus intereses mejor que ellos mismos. Aquel dolor amargo del servilismo. La hiel de la traición a los de su especie. Aunque en el aire rezume todavía el recuerdo espeso de Paco el Bajo, la Régula, su hermano Azarías y el Quirce, de aquellos otros *Santos Inocentes* de milanas bonitas y gritos espantosos de la Niña Chica. Ahora charlamos de tú a tú, amigablemente:

– Los señoritos este año no han venido a la berrea, están por ahí con sus barcos por las islas griegas. ¡Anda y que *esfogueen* por allá lejos, por esos mares! ¡Si ya están *jartitos* de matar tanto ciervo! De ciervos y de cuernos, que no les caben en los salones de sus mansiones.

Luego me cuenta que procede de Villanueva de Córdoba, pero que ya es de estas tierras, pues aquí ha criado a sus hijos y uno es de donde echa la siembra:

– Ya ve, usted, dos machetes y tres hembras. Una buena cosecha. Siempre me lo decía mi mujer: – No te acerques a mí, Abilio, que en tocándome me dejas *preñá* –. Aunque me los tienen recogidos en una Escuela Hogar, pues yo no iba a abandonar la guardería para llevarlos en el Land Rover a la escuela desde la casilla. A eso el amo, que es *mu* buena gente y *mu* generoso, dijo que naranjas de la China. Añadiendo:

– Abilio, hay que ahorrar. ¡Déjate de vacaciones y de tantas moderneces! Que estamos viviendo por encima de nuestras posibilidades y eso nos va a traer la ruina.

De regreso, me asusta una garza que alza el vuelo a unos metros. Una garza real. Enorme. Tan cerca, que siento el aire del batir de sus alas. Viento de remos de garza. Sus alas grises, azules, plateadas, abanicando el aire del último estío de la mañana. Aquí puede asustarte un jabalí que se arranca del encame, un ciervo o un corzo, pero ¿qué hace esa garza en medio del monte? Dime: ¿qué haces ahí, garza encantada?

Con ese pensamiento en la cabeza me acerco hasta el gran rebollo que se alimenta del agua de la Fuente Fría. Un roble que, para abarcarlo, necesita los brazos de tres hombres. Tres hombres bien *bragaos*. Porque tiene buen alimento en la suela de las albarcas y lleva muchos años emborrachándose de su agua. Doy un trago, y me lavo las manos y la cara. Un refresco. Unas *palmo-tás* de agua fresca y clara.

A sus pies, ya sestean las cabras del tío Justo. Docena y media, no más. Nos saludamos sin que apenas levante la vista, pues el tío Justo no es de mucho saludar. Si le tiendes la mano, te la coge de mala gana, por respeto, con la punta de los dedos, haciendo remilgos, y sin mirarte a los ojos. Puro compromiso de normas de cortesía que él ni entiende ni le interesan. Si intentas abrazarle, da una *rabotá* o te pega un empujón apartándote sin miramientos. Porque un hombre jamás abraza a otro hombre a no ser que se le haya muerto la madre o un hijo. Tampoco le pidas permiso para hacerte una foto con él, con las cabritas guapas y el monte de fondo, porque te soltará: – ¿Es que nos conocemos nosotros

tanto para andar haciéndonos fotos? ¿Somos familia, parientes, para esas confianzas de retratos?

Está echando un remiendo a su zurrón con una maestría cirujana. Una lezna y una tira fina de cuero de ciervo. ¡Ay, esas manos que no pueden estarse quietas! Manos cuarteadas que remiendan zurrones y cosen vidas. Un remiendo de vida. Un parche en la existencia para tirar para adelante lo que se pueda.

Por eso, al vaciarlo para coser el cuadradito de piel, tiene tirado, derramado por el suelo su contenido. La merienda y algún cachivache. Más humilde no puede ser: un manojo negro de cuerdas que él llama pitas, la cajita de corcha de la lezna, un tomate y una naranja, un cantero de pan en el que ha clavado la navaja, una cuarta de morcilla y un yogur con su cucharilla incluida.

Como ve que miro extrañado al yogur, dice:

– Ese yogur me da un asco tremendo. Arcadas me da. Me lo como a la fuerza, por mi mujer, la tía Modesta, ya que me lo echa. Por cariño y por no hacerle el feo. Por complacencia. ¡Pero me entran unas ansias al tragar esas puches blanduchas! Por ser legal con ella, y por no derrochar, no se lo tiro a las cabras. Ella no se iba a enterar, mire usted. Porque estas glotonas se comerían hasta el plástico y no quedaría ni rastro. Solo en mi conciencia. Con lo dañinos que son los rastros de la conciencia. El caso es que no la engaño cuando me pregunta:

– Justo ¿te gusta el yogur? Va muy bien para las tripas, tú ya me entiendes.

– Y no le contesto que sí, pero tampoco que no. Me callo y no digo *na*, porque sé que lo está pasando mal con lo de la muchacha y no quiero que se disguste más.

Tiene ochenta y seis años y una salud de hierro. Al tío Justo me refiero, pues, a la Modesta, le saca cinco.

– Una muchacha a mi *lao*. ¡Como para tocarla! Menudo genio gasta la señora. ¡Lo mismo le echas un tiento y te suelta una hostia que te tira de espaldas! Pero le digo una cosa: gracias a las mujeres, a su buena cabeza; que, si no fuera por ellas, la especie humana hacía siglos que se habría ido a la mierda. Se habría

extinguido. Le aseguro que si gobernaran el mundo, mucho mejor nos iría. Sin duda alguna.

Nunca ha estado enfermo y jamás ha faltado a su cita con la sierra, pero siempre anda con algún achaque.

– De los huesos – me dice –, mayormente de los huesos. La reúma: cuando no es esta *jodía* pierna, es la rodilla aquella.

Le digo que no se queje tanto, que ya quisiéramos los jóvenes estar tan sanos como él. Entonces, por fin me mira y me sonrío, haciéndome un guiño por la anterior broma del tiento a la parienta, al tiempo que me lanza un trocejo de morcilla por el aire:

– Ande, échele un *bocao*, que está usted *mu delgao*. Más joven y más *delgao*.

Viejas manos, sonrisa sabia y añeja. Y en su mirada de hermosura decadente, el reflejo de luz apagada, suave y difusa, aún caliente y viva, de la otoñada que se nos echa encima.

En el bolsillo interior del zurrón, lleva un pañuelo blanco envuelto en una bolsa de plástico. Bordado un ribete con una J pequeña. Blanco digo, con la inicial de su nombre en rojo, inmaculado. Pues jamás lo ha sacado de ese envoltorio. El día que lo haga... cosa mala.

Es el pañuelo que también le prepara su mujer y que, de tarde en tarde, revisa para que esté en su sitio y limpio como un jaspe. Un pañuelo por si se pone enfermo en la sierra, Dios no lo quiera, y necesite tirar de su auxilio. No sé, una caída que te escalabra la frente, sangre por la nariz, un accidente, un corte hondo de la navaja. Y, en tirando de él, mostrar al que lo socorra, incluso al médico si se terciara, el Altísimo no lo quiera, que serán pastores, pobres y humildes, pero limpios y sin perder la dignidad que se materializa, se sustancia, en ese pañuelo blanco, perfumado, que huele a romero y a flor de lavanda. Que huele a sierra.

Dignidad y amor, llámalo cariño. Sí, mejor a esta edad, llámalo cariño y compañía. Amor de amores marchitos. Necesidad de cuidar el uno del otro. La Modesta y el tío Justo. La compañía. Saber que estás ahí, que hay alguien que a la noche te espera

cuando regresas del monte con tus cabras. Que esa casa tan grande, tan inmensa sin ti, no está vacía. El calor de su cuerpo en el frío del invierno. Y de la primavera, aunque ya no sea por frío, sino por sentir tu piel cerca. Rozándote cerca. Me refiero a ese gesto de ella con el pañuelo y, recíprocamente, al esfuerzo del tío Justo por comerse ese yogur de los cojones aunque no le guste. Amor. Amor a su manera. Y ternura. Ternura de la buena. Tone-ladas de ternura para el salvajismo de estas agrestes sierras.

Cuando le cuento mi encuentro con esa garza en medio del monte, agranda los ojos de sorpresa, enarca las cejas y se santigua varias veces seguidas, pronunciando una especie de rezo incomprensible. Un latinajo, parece; vete a saber de dónde lo ha sacado, si solo fue a misa el día de su boda. Al acabar la salmodia, comienza su historia:

– Estaba durmiendo en su casa mi tía Amalia, la hermana de mi madre que en gloria esté, pegada a la cochiguera donde una guarra había parido ocho lechones, para recibir el calor de la camada, pues hacía un frío que pelaba, cuando una garza, que venía volando de la oscuridad de la noche, se posó encima de su tejado y empezó a rascar en las tejas. Un rascar muy áspero y desagradable. Como de uñas en lija.

Al ruido, la vieja se despertó, deseando que el bicho dejara de *arruñar* su techo – como si la estuviera buscando impaciente –, invitando al animal a marcharse para seguir durmiendo en paz al dulce calor de sus guarrillos. Pero fue inútil.

Por eso, entendido el mensaje, y aceptada la llamada inevitable, se levantó. ¡Qué remedio! Ordenó y limpió la casa, avió los animales, preparó sus ropas con delicadeza, como si fuera a marcharse a un largo viaje. A un destino incierto y desconocido. Largo. Muy largo. Se lavó y perfumó su cuerpo, cosa que jamás hacía, aunque fuera con agua de colonia fabricada por ella misma con flores y hierbas, y se peinó sus blancos cabellos con esmero, su torrentera de pelo siempre escondido, recogiendo la larga trenza canosa en un moño al que clavó sus mejores horquillas.

Esperó a que el día clareara y se tiró a la calle para comprar en la tienda unas velas y cuatro zarandajas que siempre había

deseado y nunca había adquirido. Deseos no cumplidos. Ahora, demasiado tarde para cumplirlos. A la carrera. Porque echó el resto, pues gastó las monedas que guardaba en su caja fuerte de hojalata. Los ahorros, las reservas. Para darse un capricho.

De vuelta, se encontró con dos vecinas que le preguntaron por su carrera y su desvelo, a lo que contestó:

– Lo siento vecinas, que tengo mucha prisa. Esta noche ha venido la garza a mi tejado y no ha parado de arañar. Por lo que voy corriendo a meterme en la cama, a esperar que la muerte venga a por mí. A esperar que la muerte me lleve.

Y efectivamente, a las tres horas, se la encontraron fría y sonriente, muerta. Tiesa. Con la mueca plácida y fúnebre con la que se despiden los cadáveres que saben aceptar la muerte de buen grado. Con resignación. Sin rechistar.

Porque, para que lo sepa usted y se prepare por lo que le pueda venir: si la garza anda fuera del agua, es mal presagio. Y si se planta en tu tejado y rasca en las tejas, es que la muerte viene a por ti para llevarte. Y no precisamente cerca.